GIANNI RODARI

CUENTOS

Gianni Rodari



CUENTOS

Gianni rodari

Cuentos



Gianni Rodari

Giovanni Rodari fue un escritor, pedagogo y periodista italiano especializado en talleres sobre la comedia infantil y juvenil. Como pedagogo realizó una gran labor siempre al servicio de la renovación educativa. Su obra *Gramática de la fantasía* es el principal exponente de sus ideas clásicas sobre la vida en el campo, convirtiéndose con el tiempo en un clásico de la literatura romántica.

En 1934 Rodari se matricula en el Instituto Magistral para estudiar humanidades. Empieza también a recibir clases de violín, y con dos amigos más forman un trío, dedicándose a tocar por las tabernas. Durante este tiempo, su gran afición a la literatura le lleva también a leer abundantes libros de prestigiosos autores, entre ellos Schopenhauer, Nietzsche, Engels, Marx, Stalin o Trotski.

En plena contienda de la II Guerra Mundial, en que Gianni no fue movilizado por sufrir una salud muy deteriorada, oposita y gana una plaza de Magisterio, y es mandado a la localidad lombarda de Uboldo, donde hace suplencias. La muerte de dos de sus mejores amigos durante la II Guerra Mundial y la detención por parte de los nazis de uno de sus hermanos, que fue llevado a un campo de concentración, hacen mella en Gianni, el cual decide entonces contactar con la resistencia, afiliándose, en 1944, al Partido Comunista Italiano.

Terminada la guerra, Rodari empieza a trabajar en Cinque Punte, una revista de historietas, y poco después es nombrado director del periódico El Orden Nuevo, publicado por la Federación Comunista de Varese, capital de Lombardía. En esta época escribe algunas leyendas populares, que son publicadas junto a algunos cuentos.

Gianni Rodari recibió, a lo largo de su trayectoria profesional, un gran número de reconocimientos y galardones, entre otros: el Premio Prato (1960), el Premio Catello (1965), el Premio Rubino (1965) y el Premio Hans Christian Andersen (1970). En 1979 empieza a sufrir problemas de salud. Con una obstrucción en la vena de su pierna izquierda, el 10 de abril de este mismo año ingresa en un hospital para someterse a una operación quirúrgica, y el 14 de abril de 1980 fallece en Roma de un paro cardíaco, con 59 años de edad.

Cuentos
Gianni Rodari

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Christopher Zecevich Arriaga
Subgerente de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefe del programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juárez Zevallos
Selección de textos: Jerson Lenny Cervantes Leon
Corrección de estilo: Manuel Alexander Suyo Martínez
Diagramación: Ambar Lizbeth Sánchez García
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

JUAN, EL DESPISTADO

—Mamá, voy a dar un paseo.

—Bueno, Juan, pero ve con cuidado cuando cruces la calle.

—Está bien, mamá. Adiós mamá.

—Eres tan distraído...

—Sí, mamá. Adiós, mamá.

Juanito se marcha muy contento y durante el primer tramo de calle pone mucha atención. De vez en cuando se para y se toca.

—¿Estoy entero? Sí —y se ríe solo.

Está tan contento de su propia atención, que se pone a brincar como un pajarito, pero luego se queda mirando encantado los escaparates, los coches y las nubes, y, lógicamente, comienzan los infortunios.

Un señor le regaña amablemente:

—¡Pero qué despistado eres! ¿Lo ves? Ya has perdido una mano.

—¡Anda, es cierto! ¡Pero que distraído soy!

Se pone a buscarse la mano, pero en cambio se encuentra un bote vacío y piensa: «¿Estará vacío de verdad? Veamos. ¿Y que había dentro antes de que estuviese vacío? No habrá estado vacío siempre, desde el primer día...».

Juan se olvida de buscar su mano y luego se olvida también del bote, porque ha visto un perro cojo, y he aquí al intentar alcanzar al perro cojo antes de que doble la esquina, va y pierde un brazo entero. Pero ni siquiera se da cuenta de ello y sigue corriendo.

Una buena mujer lo llama:

—¡Juan, Juan!, ¡tu brazo!

Pero ¡Quiá!, ni la oye.

—¡Qué le vamos a hacer! —suspira la buena mujer—. Se lo llevaré a su mamá.

Y se dirige hacia la casa de la mamá de Juan.

—Señora, aquí le traigo el brazo de su hijito.

—¡Oh, que distraído es! Ya no sé qué hacer ni qué decirle.

—Ya se sabe, todos los niños son iguales.

Al cabo de una rato llega otra buena mujer.

—Señora, me he encontrado un pie. ¿No será acaso de su hijo Juan?

—Sí, es el suyo, lo reconozco por el agujero del zapato. ¡Oh que hijo tan distraído tengo! Ya no sé qué hacer ni qué decirle.

—Ya se sabe, todos los niños son iguales.

Al cabo de otra rato llega una viejecita, luego el mozo del panadero, luego un tranviario, e incluso una maestra retirada, y todos traen algún pedacito de Juan: una pierna, una oreja, la nariz.

—¿Es posible que haya un muchacho más distraído que el mío?

—Ah, señora, todos los niños son iguales.

Finalmente llega Juan, brincando sobre una pierna, ya sin orejas ni brazos, pero alegre como siempre, alegre como un pajarito, y su mamá menea la cabeza, se lo coloca todo en su sitio y le da un beso.

—¿Me falta algo, mamá? ¿He estado atento, mamá?

—Sí, Juan, has estado muy atento.

EL EDIFICIO QUE HABÍA DE ROMPER

Hace tiempo, la gente de Busto Arsizio estaba preocupada porque los niños lo rompían todo. No hablamos de las suelas de los zapatos, de los pantalones y de las carteras escolares, no: rompían los cristales jugando a pelota, rompían los platos en la mesa y los vasos en el bar, y si no rompían las paredes era únicamente porque no disponían de martillos.

Los padres ya no sabían qué hacer ni qué decirles, y se dirigieron al alcalde:

—¿Les ponemos una multa? —propuso el alcalde.

—Muchas gracias —exclamaron los padres—, pero así, los que tendríamos que pagar los platos rotos seríamos nosotros.

Afortunadamente, por aquellas partes hay muchos peritos. De cada tres personas una es perito, y todos peritan muy bien. Pero el mejor de todos era el perito Cangrejón, un anciano que tenía muchos nietos y por lo tanto tenía una gran experiencia en estos asuntos. Tomó lápiz y papel e hizo el cálculo de los daños que los niños de Busto Arsizio habían causado rompiendo tantas y

tan bonitas cosas. El resultado fue espantoso: milenta tamanta catorce y treinta y tres.

«Con la mitad de esta cantidad —demostró el perito Cangrejón — podemos construir un edificio y obligarles a los niños a que lo hagan pedazos; si no se curan con este sistema, no se curarán nunca».

La propuesta fue aceptada y el edificio fue construido en un cuatro y cuatro ocho y dos diez. Tenía siete pisos de altura y noventa y nueve habitaciones; cada habitación estaba llena de muebles y cada mueble atiborrado de objetos y adornos, eso sin contar los espejos y los grifos. El día de la inauguración se le entregó un martillo a cada niño y, a una señal del alcalde, fueron abiertas las puertas del edificio que había que romper.

Lástima que la televisión no llegara a tiempo para retransmitir el espectáculo. Los que lo vieron con sus ojos y lo oyeron con sus oídos aseguran que parecía —Dios nos libre— el inicio de la tercera guerra mundial. Los niños iban de habitación en habitación como el ejército de Atila y destrozaban a martillazos todo lo que encontraban a su paso. Los golpes se oían en toda Lombardía y en media Suiza. Niños tan altos como la cola de un gato se habían

agarrado a armarios tan grandes como guardacostas y los demolieron escrupulosamente hasta que solo quedó un montoncito de virutas. Los bebés de los parvularios, tan lindos y graciosos con sus delantalitos rosa y celeste, pisoteaban diligentemente los juegos de café reduciéndolos a un finísimo polvo, con el que se empolvaban la nariz. Al final del primer día no quedó ni un vaso entero. Al final del segundo día escaseaban las sillas. El tercer día los niños se dedicaron a las paredes, empezando por el último piso; pero cuando llegaron al cuarto, agotados y cubiertos de polvo como los soldados de Napoleón en el desierto, se fueron con la música a otra parte, regresando a casa tambaleantes, y se acostaron sin cenar.

Se habían ya desahogado por completo y no encontraban ya ningún placer en romper nada; de repente, se habían vuelto tan delicados y ligeros como las mariposas, y aunque hubiesen jugado al fútbol en un campo de vasos de cristal no hubiesen roto ni uno solo.

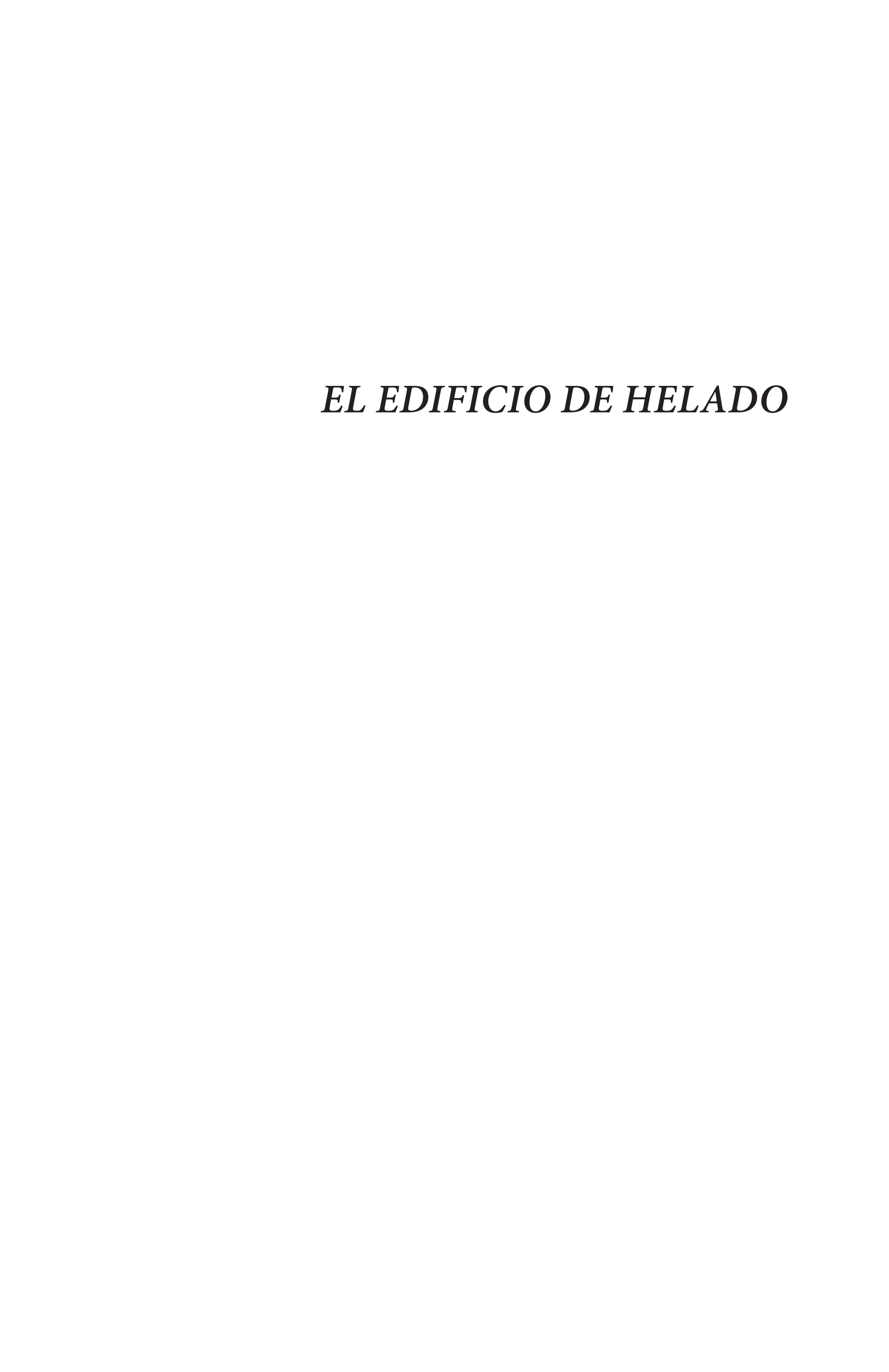
El perito Cangrejón hizo más cálculos y demostró que la ciudad de Busto Arsizio se había ahorrado dos remillones y siete centímetros.

El Ayuntamiento dejó libertad a sus ciudadanos para que hiciesen lo que quisieran con lo que todavía quedaba en pie del edificio. Y entonces pudo verse cómo ciertos señores con carteras de cuero y con gafas de lentes bifocales —magistrados, notarios, consejeros delegados — se armaban de un martillo y corrían a demoler una pared o una escalera, golpeando tan entusiasmados que a cada golpe se sentían rejuvenecer.

«Esto es mejor que discutir con mi esposa —decían alegremente—, es mejor que romper los ceniceros o el mejor juego de vajilla, regalo de tía Mirina…».

Y venga martillazos.

En señal de gratitud, la ciudad de Busto Arsizio le impuso una medalla con un agujero de plata al perito Cangrejón.



EL EDIFICIO DE HELADO

Una vez en Bolonia hicieron un edifico de helado, en la misma plaza Mayor, y los niños venían desde muy lejos para darle una probadita.

El techo era de nata; el humo de las chimeneas, de algodón dulce; las chimeneas, de fruta confitada. El resto: las puertas, las paredes y los muebles, todo era de helado. Un niño pequeñísimo se había cogido a una mesa y le lamió las patas una a una, hasta que la mesa le cayó encima con todos los platos; y los platos eran de helado de chocolate, el mejor.

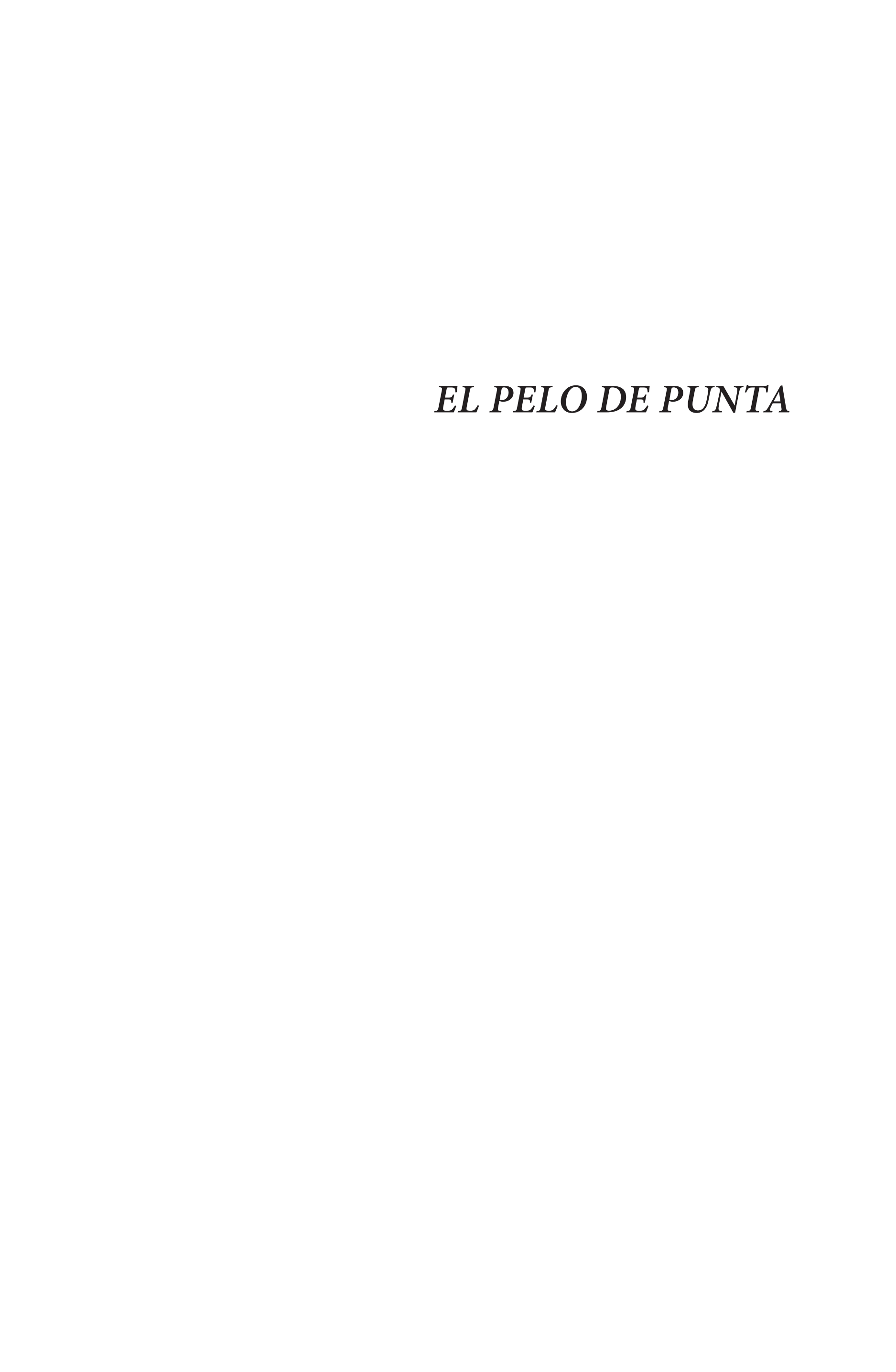
En cierto momento, un guardia municipal se dio cuenta de que había una ventana derritiéndose. Los cristales eran de helado de fresa, y se deshacían en hilillos rosados.

—¡Rápido! —gritó el guardia—, ¡más rápido todavía! Y venga todos a lamer más rápido, para que no se echara a perder ni una sola gota de aquella obra maestra.

—¡Un sillón! —imploraba una viejecita que no lograba abrirse paso entre la muchedumbre—. ¡Un sillón para una pobre vieja! ¿Quién quiere traérmelo? Que sea con brazos, si es posible.

Un generoso bombero corrió a llevarle un sillón helado de crema, y la pobre viejecita empezó a lamerlo precisamente por los brazos.

Aquel fue un gran día, y por orden de los doctores nadie tuvo dolor de barriga. Todavía hoy, cuando los niños piden otro helado más a sus papás, estos dicen suspirando: «—¡Claro, hombre! Para ti sería necesario una casa entera, como aquella de Bolonia».



EL PELO DE PUNTA

Juanito Pierdedía era un gran viajero. Viaja que te viaja, llegó una vez a un pueblo en que las esquinas de las casas eran redondas y los techos no terminaban en punta, sino en una suave curva. A lo largo de la calle corría un seto de rosas, y a Juanito se le ocurrió ponerse una en el ojal. Mientras cortaba la rosa estaba muy atento para no pincharse con las espinas, pero en seguida se dio cuenta de que las espinas no pinchaban; no tenían punta y parecían de goma, y hacían cosquillas en la mano.

—Vaya, vaya —dijo Juanito en voz alta. De detrás del seto apareció sonriente un guardia municipal.

—¿No sabe que está prohibido cortar rosas?

—Lo siento, no había pensado en ello.

—Entonces pagará solo media multa —dijo el guardia, que con aquella sonrisa bien habría podido ser el hombrecillo de mantequilla que condujo a Pinocho al País de los Tontos.

Juanito observó que el guardia escribía la multa con un lápiz sin punta, y le dijo sin querer:

—Disculpe, ¿me deja ver su espada?

—¡Cómo no! —dijo el guardia. Y, naturalmente, tampoco la espada tenía punta.

—¿Pero qué clase de país es este? —preguntó Juanito.

—Es el País sin punta —respondió el guardia, con tanta amabilidad que sus palabras deberían escribirse todas en letra mayúscula.

—¿Y cómo hacen los clavos?

—Los suprimimos hace tiempo; solo utilizamos goma de pegar. Y ahora, por favor, deme dos bofetadas.

Juanito abrió la boca asombrado, como si hubiera tenido que tragarse un pastel entero.

—Por favor, no quiero terminar en la cárcel por ultraje a la autoridad. Si acaso, las dos bofetadas tendrían que recibirlas yo, no darlas.

—Pero aquí se hace de esta manera —le explicó amablemente el guardia—. Por una multa entera, cuatro bofetadas, por media multa, solo dos.

—¿Al guardia?

—Al guardia.

—Pero esto no es justo; es terrible.

—Claro que no es justo, claro que es terrible —dijo el guardia—. Es algo tan odioso que la gente, para no verse obligada a abofetear a unos pobrecillos inocentes, se mira muy mucho antes de hacer algo contra la ley. Vamos, déme las dos bofetadas, y otra vez vaya con más cuidado.

—Pero yo no le quiero dar ni siquiera un soplido en la mejilla; en lugar de las bofetadas le haré una caricia.

—Siendo así —concluyó el guardia—, tendré que acompañarle hasta la frontera.

Y Juanito, humilladísimo fue obligado a abandonar el País sin punta. Pero todavía hoy sueña con poder regresar allí algún día, para vivir del modo más cortés, en una bonita casa con un techo sin punta.

EL PAÍS CON EL «DES» DELANTE

Juanito Pierdedía era un gran viajero. Viaja que te viaja, llegó al país con el «des» delante.

—¿Pero qué clase de país es este? —preguntó a un ciudadano que tomaba el fresco bajo un árbol.

El ciudadano, por toda respuesta, sacó del bolsillo una navaja y se la enseñó bien abierta sobre la palma de la mano.

—¿Ve esto?

—Es una navaja.

—Se equivoca. Esto es una «desnavaja», es decir, una navaja con el «des» delante. Sirve para hacer crecer los lápices cuando están desgastados, y es muy útil en los colegios.

—Magnífico —dijo Juanito—. ¿Qué más?

—Luego tenemos el «despercherо».

—Querrá decir el perchero.

—De poco sirve un perchero si no se tiene un abrigo que colgarle. Con nuestro «desperchero» todo es distinto.

No es necesario colgarle nada, ya está todo colgado. Si tiene necesidad de un abrigo, va allí y lo descuelga. El que necesita una chaqueta no tiene por qué ir a comprarla: va al desperchero y la descuelga. Hay el desperchero de verano y el de invierno, el de hombre y el de mujer. Así nos ahorramos mucho dinero.

—Una auténtica maravilla. ¿Qué más?

—Luego tenemos la máquina «desfotográfica», que, en lugar de hacer fotografías, hace caricaturas, y así nos reímos. Luego tenemos el «descañón».

—¡Brrrrr, qué miedo!

—¡Qué va! El «descañón» es lo contrario al cañón, y sirve para deshacer la guerra.

—¿Y cómo funciona?

—Es sencillísimo; puede manejarlo incluso un niño. Si hay guerra, tocamos la destrompeta, disparamos el descañón y la guerra queda deshecha rápidamente.

—Qué maravilla el país con el «des» delante.

EL CAMINO DE CHOCOLATE

Una vez, tres hermanitos de Barletta se encontraron, yendo por el campo, con un camino muy liso y de color marrón.

—¿Qué será? —dijo el primero.

—Madera no es —dijo el segundo.

—Ni carbón —dijo el tercero

Con el fin de saberlo, los tres se arrodillaron y dieron una probadita.

Era chocolate, era un camino de chocolate. Empezaron a comer un pedacito y luego otro; llegó la noche y los tres hermanitos todavía permanecían allí comiéndose el camino de chocolate hasta que no quedó siquiera un pedacito. Ya no quedaba ni chocolate ni camino

—¿Dónde estamos? —preguntó el primero.

—No estamos en Bari —dijo el segundo.

—Ni en Mofetta —añadió el tercero.

No sabían que hacer. Por fortuna apareció por el lugar un campesino montado en un carrito.

—Yo los llevaré a casa —dijo el campesino.

Y los llevó hasta Barletta, hasta la puerta de su casa. Al descender del carro advirtieron que este era de bizcocho. Y entonces, sin esperar a que se lo dijeran, empezaron a comérselo y no dejaron ni las ruedas ni los barrotes.

En Barletta nunca hubo tres hermanitos con tanta suerte... y quién sabe cuándo los volverá a haber.

LOS HOMBRES DE MANTEQUILLA

Juanito Pierdedía, gran viajero y famoso explorador, llegó una vez al país de los hombres de mantequilla. Si les daba el sol se derretían, por lo que tenían que estar siempre a la sombra, y vivían en una ciudad en la que en lugar de casas había frigoríficos. Juanito se paseaba por las calles y los veía asomados a las ventanillas de sus frigoríficos, con una bolsa de hielo en la cabeza. En el portillo de cada frigorífico había un teléfono para hablar con el inquilino.

—Oiga.

—Diga.

—¿Con quién hablo?

—Soy el rey de los hombres de mantequilla. Todos de nata de primera calidad. Leche de vaca suiza. ¿Se ha fijado bien en mi frigorífico?

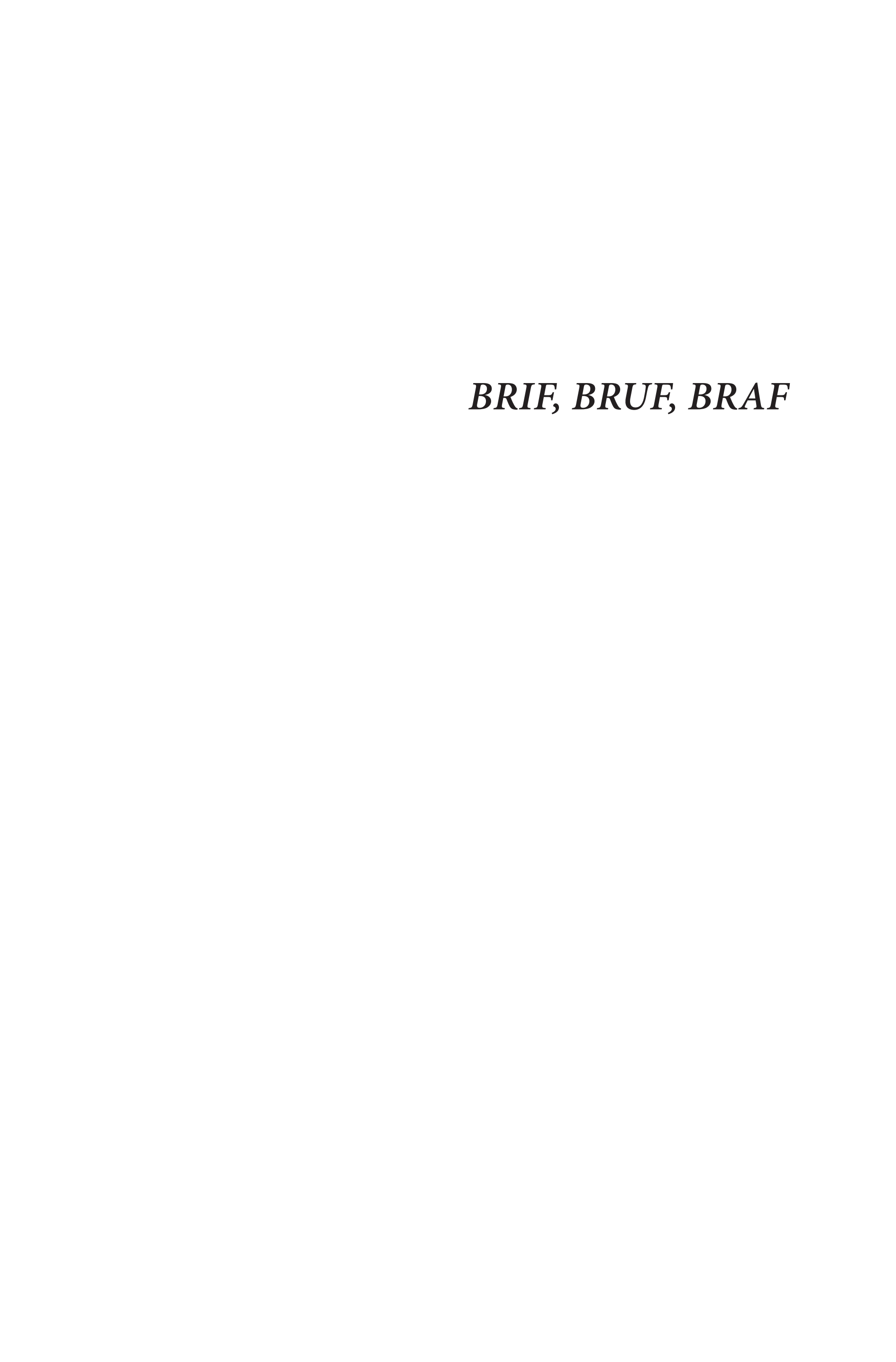
—¡Caramba, es de oro macizo! ¿Pero no sale nunca de ahí?

—En invierno, cuando hace bastante frío, y en un automóvil de hielo.

—¿Y si por casualidad sale el sol de improvisto mientras Su Majestad está paseando?

—No puede hacerlo, no está permitido. Lo haría encarcelar por mis soldados.

—¡Buf! —dijo Juanito. Y se fue a otro país.



BRIF, BRUF, BRAF

Dos niños estaban jugando, en un tranquilo patio, a inventarse un idioma especial para poder hablar entre ellos sin que nadie más les entendiera.

—Brif, braf —dijo el primero.

—Braf, brof —respondió el segundo. Y soltaron una carcajada.

En un balcón del primer piso había un buen viejecito leyendo el periódico, y asomada a la ventana de enfrente había una viejecita ni buena ni mala.

—¡Qué tontos son esos niños! —dijo la señora.

Pero el buen hombre no estaba de acuerdo:

—A mí no me lo parecen.

—No va a decirme que ha entendido lo que han dicho…

—Pues sí, lo he entendido todo. El primero ha dicho: «Qué bonito día». El segundo ha contestado: «Mañana será más bonito todavía».

La señora hizo una mueca, pero no dijo nada, porque los niños se habían puesto a hablar de nuevo en su idioma.

—Maraqui, barabasqui, pippirimosqui —dijo el primero.

—Bruf —respondió el segundo.

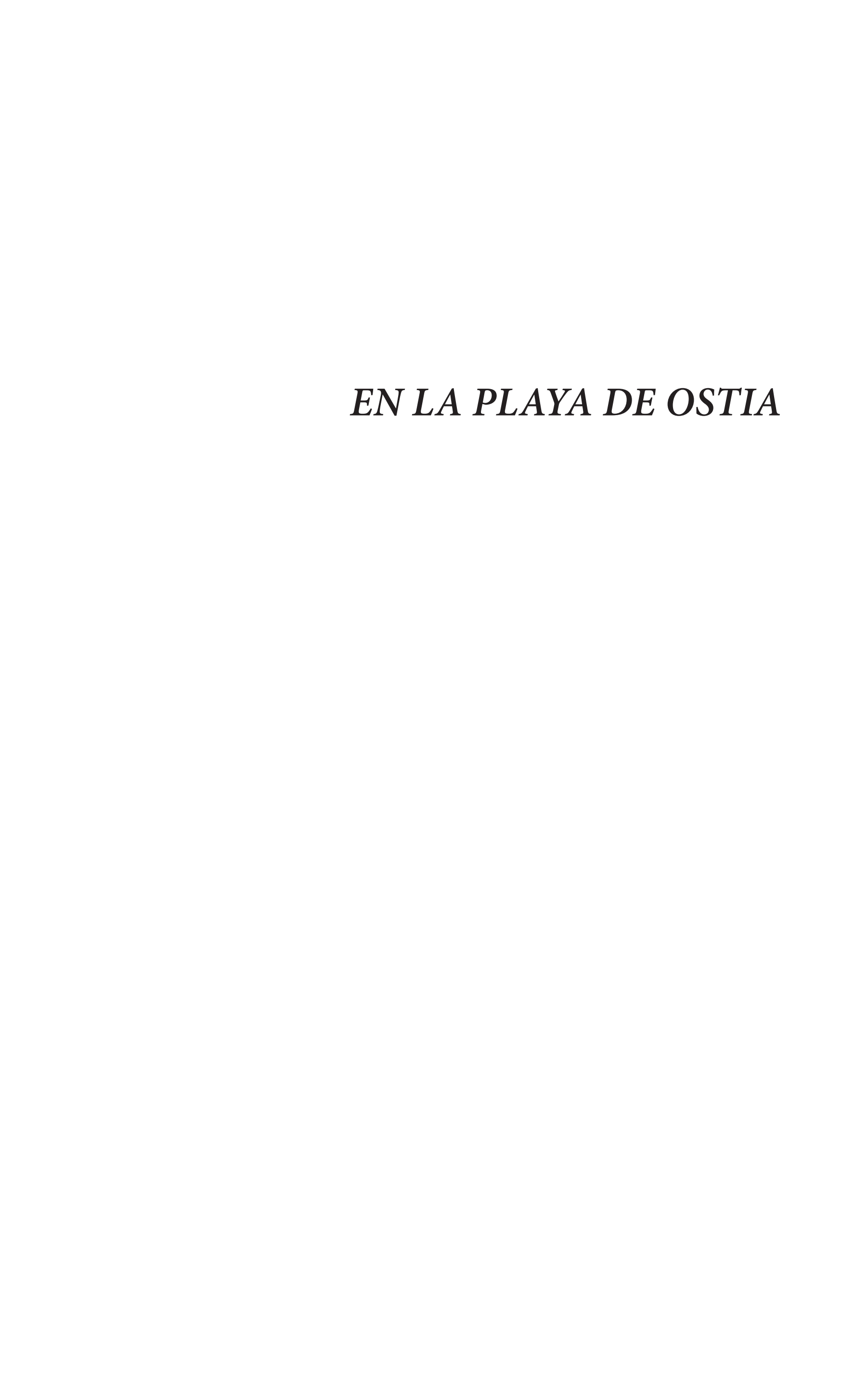
Y de nuevo los dos se pusieron a reír.

—¡No irá a decirme que ahora los ha entendido…! —exclamó indignada la viejecita.

—Pues ahora también lo he entendido todo —respondió sonriendo el viejecito. El primero ha dicho: «Qué felices somos por estar en el mundo». Y el segundo ha contestado: «El mundo es bellísimo».

—Pero ¿Acaso es bonito de verdad? —insistió la viejecita.

—Brif, bruf, braf —respondió el viejecito.



EN LA PLAYA DE OSTIA

A pocos kilómetros de Roma está la playa de Ostia, adonde los romanos acuden a miles en verano; en la playa no queda espacio ni siquiera para hacer un agujero en la arena con una palita, y el que llega el último no sabe dónde plantar la sombrilla.

Una vez llegó a la playa de Ostia un tipo extravagante, realmente cómico. Llegó el último, con la sombrilla bajo el brazo, y no encontró sitio para plantarla. Entonces la abrió, le hizo un retoque al mango y la sombrilla se elevó inmediatamente por el aire, sobrevolando miles y miles de sombrillas y yéndose a detener a la misma orilla del mar, pero dos o tres metros por encima de la punta de las otras sombrillas. El desconcertante individuo abrió su tumbona, y también ésta flotó en el aire. El hombre se tumbó al amparo de la sombrilla, sacó un libro del bolsillo y empezó a leer, respirando la brisa del mar, picante de sal y de yodo.

Al principio, la gente ni siquiera se dio cuenta de su presencia. Todos estaban debajo de sus sombrillas, intentando ver un pedacito de mar por entre las cabezas de los que tenían delante, o hacían crucigramas, y nadie

miraba hacia arriba. Pero de repente una señora oyó caer algo sobre su sombrilla; creyó que había sido una pelota y se levantó para regañar a los niños; miró a su alrededor y hacia arriba y vio al extravagante individuo suspendido sobre su cabeza. El señor miraba hacia abajo y le dijo a aquella señora:

—Disculpe, señora, se me ha caído el libro. ¿Querría usted echármelo para arriba, por favor?

De la sorpresa, la señora se cayó de espaldas, quedándose sentada sobre la arena, y como era muy gorda no lograba incorporarse. Sus parientes acudieron para ayudarla, y la señora, sin hablar, les señaló con el dedo la sombrilla volante.

—Por favor —repitió el desconcertante individuo—, ¿quieren tirarme mi libro?

—¿Pero es que no ve que ha asustado a nuestra tía?

—Lo siento mucho, pero de verdad que no era esa mi intención.

—Entonces, bájese de ahí; está prohibido.

—En absoluto; no había sitio en la playa y me he puesto aquí arriba. Yo también pago los impuestos, ¿sabe usted?

Mientras, uno tras otro, todos los romanos de la playa se pusieron a mirar hacia arriba; y señalaban riendo a aquel extraño bañista.

—¿Ves a aquél? —decían—. ¡Tiene una sombrilla a reacción!

—¡Eh, astronauta! —le gritaban—. ¿Me dejas subir a mí también?

Un muchachito le echó hacia arriba el libro, y el señor lo hojeaba nerviosamente buscando la señal. Luego prosiguió su lectura, muy sofocado. Poco a poco fueron dejándolo en paz. Solo los niños de vez en cuando, miraban al aire con envidia, y los más valientes gritaban:

—¡Señor! ¡Señor!

—¿Qué quieres?

—¿Por qué no nos enseña cómo se hace para estar así en el aire?

Pero el señor refunfuñaba y proseguía su lectura. Al atardecer, con un ligero silbido, la sombrilla se fue volando, el desconcertante individuo aterrizó en la calle cerca de su motocicleta, se subió a ella y se marchó.

¿Quién sería aquel tipo y dónde compraría aquella sombrilla?

HISTORIA DEL REINO DE COMILONIA

En el lejano y antiguo país de Comilonia, al este del ducado de Bebebién, reinó en primer lugar Comilón el Digeridor, así llamado porque después de haberse comido los fideos roía también el plato y lo digería como si tal cosa.

Le sucedió en el trono Comilón II, llamado Tres cucharas, porque comía el caldo del potaje utilizando a la vez tres cucharas de plata: dos las sostenía él con sus manos y la tercera se la aguantaba la Reina, y pobre de ella si no estaba llena.

Después de él, en este orden, subieron al trono de Comilonia, que estaba colocado en el extremo de una mesa servida noche y día:

Comilón III, llamado Entremeses; Comilón IV, llamado Chuleta a la parmesana; Comilón V, el Famélico; Comilón VI, el Desgarrapavos; Comilón VII, llamado ¿Queda más todavía?, que devoró incluso su corona, a pesar de que era de hierro; Comilón VIII, llamado Corteza de queso, que no encontró ya nada que comer en la mesa y se tragó el mantel; Comilón IX, llamado Quijada de acero, que se comió el trono con todos los cojines; así terminó la dinastía.

VAMOS A INVENTAR LOS NÚMEROS

—¿Por qué no inventamos los números?

—Bueno, empiezo yo. Casi uno, casi dos, casi tres, casi cuatro, casi cinco, casi seis.

—Es demasiado poco. Escucha estos: un remillón de billonazos, un ochete de milenios, un maravillar y un maramillón.

—Yo entonces me inventaré una tabla:

tres por uno, concierto gatuno,
tres por dos, peras con arroz
tres por tres, salta al revés
tres por cuatro, vamos al teatro
tres por cinco, pega un brinco
tres por seis, no me toques
tres por siete, quiero un juguete
tres por ocho, nata con bizcocho
tres por nueve, hoy no llueve
tres por diez, lávate los pies.

—¿Cuánto vale este pastel?

—Dos tirones de orejas.

—¿Cuánto hay de aquí a Milán?

—Mil kilómetros nuevos, un kilómetro usado y siete bombones.

—¿Cuánto pesa una lágrima?

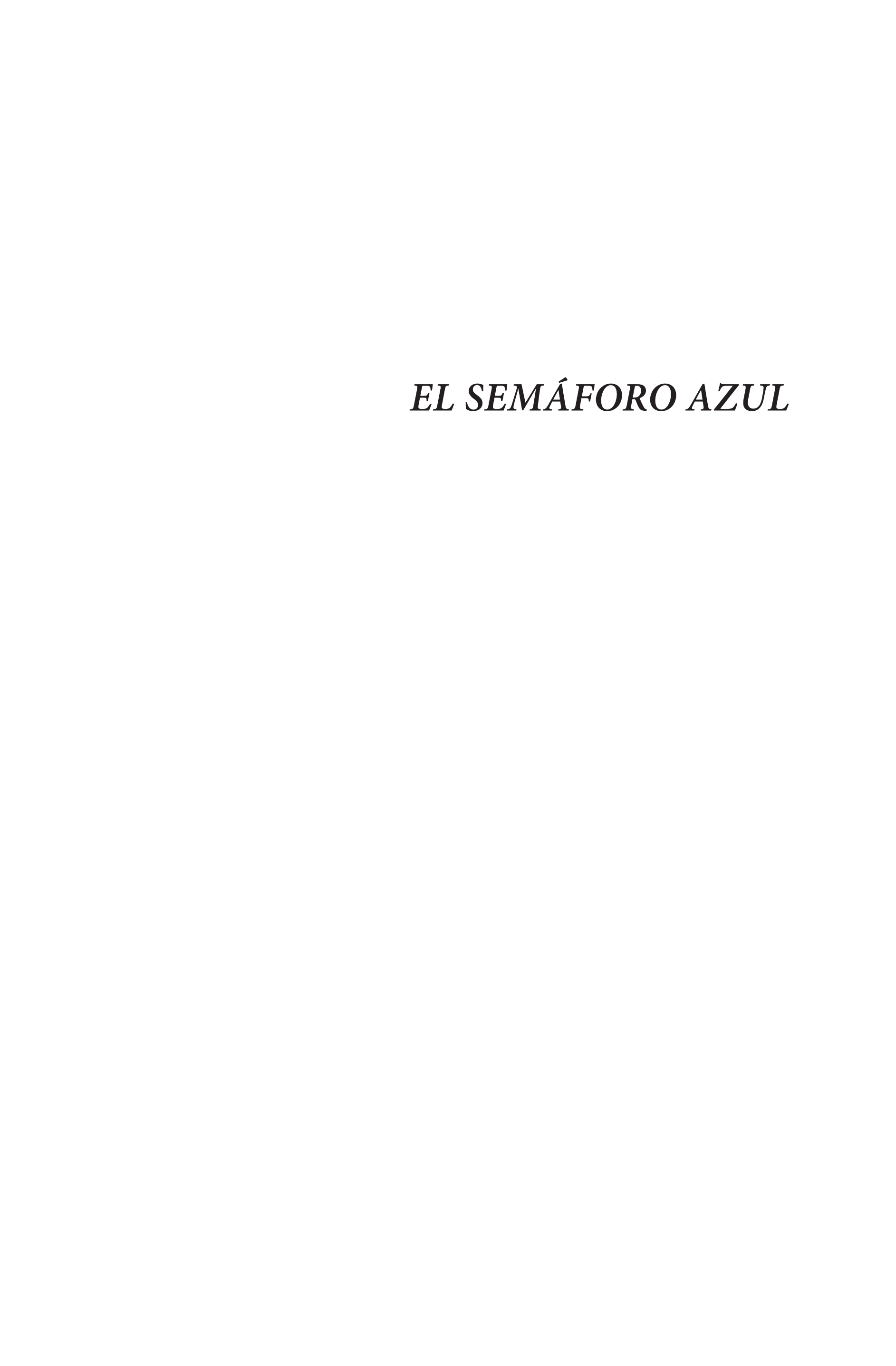
—Depende: la lágrima de un niño caprichoso pesa menos que el viento, y la de un niño hambriento pesa más que toda la tierra.

—¿Cuánto mide este cuento?

—Demasiado.

—Entonces inventémonos rápidamente otros números para terminar. Los digo yo, a la manera de Modena: unchi, doschi, treschi, cuara cuatrischi, mi mirinchi, uno son dos.

—Yo entonces voy a decirlos a la manera de Roma: unci, dusci, trisci, cuale cualinci, mele melinci, rife rafe y diez.



EL SEMÁFORO AZUL

Una vez, el semáforo que hay en la plaza del Duomo de Milán hizo una rareza. De improviso, todas sus luces se tiñeron de azul y la gente no sabía a qué atenerse.

—¿Cruzamos o no cruzamos? ¿Estamos o no estamos?

Por todos sus ojos, en todas direcciones, el semáforo propagaba la insólita señal azul, de un azul tan azul como no lo había estado nunca el cielo de Milán. Mientras esperaban a ver qué pasaba, los automovilistas gritaban y tocaban el claxon, los motociclistas hacían rugir el tubo de escape y los peatones más gordos gritaban:

—¡Usted no sabe quién soy yo!

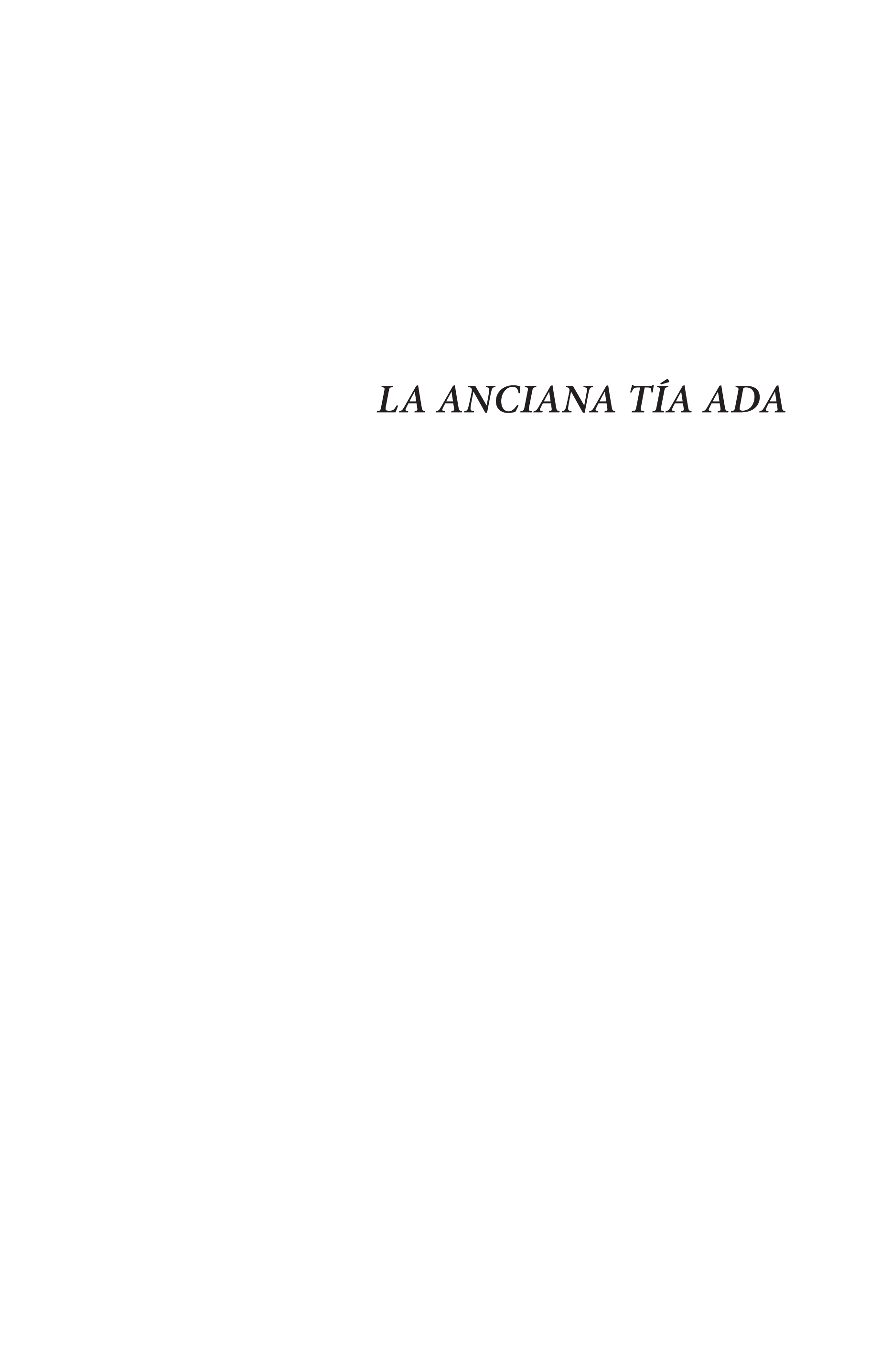
Los ingeniosos decían irónicamente:

—El verde se lo habrá comido el alcalde para hacerse una casita en el campo.

—El encarnado lo han utilizado para teñir a los peces de los jardines.

—¿Sabes que hacen con el amarillo? Lo añaden al aceite de oliva.

Finalmente llegó un guardia y se situó en medio del cruce para dirigir el tráfico. Otro guardia buscó la cajita de los mandos para reparar la avería, y quitó la corriente. El semáforo azul, antes de apagarse, tuvo tiempo de pensar: «¡Pobrecitos! Les había dado la señal de "vía libre" para el cielo. Si me hubiesen entendido, ahora todos sabrían volar. Pero quizá les ha faltado valor».



LA ANCIANA TÍA ADA

Cuando fue muy viejecita, tía Ada se fue a vivir al asilo de ancianos. Compartía una pequeña habitación de tres camas con otras dos viejecitas tan ancianas como ella. Tía Ada escogió inmediatamente una butaquita que estaba cerca de la ventana y desmenuzó una galleta seca sobre el alféizar.

—¡Bravo, así vendrán las hormigas! —dijeron irónicamente las otras dos vejecitas. Pero en cambio llegó un pajarillo del jardín del asilo, picoteó muy contento la galleta y se marchó.

—Ya ves lo que has conseguido —murmuraron las viejecitas—. Se lo ha comido y se ha ido. Igual que nuestros hijos, que se fueron por el mundo , vete a saber dónde, y ni se acuerdan ya de nosotras que los criamos.

Tía Ada no dijo nada, pero todas las mañanas desmenuzaba una galleta seca sobre el alféizar de la ventana y el pajarito venía a picotearla, siempre a la misma hora, puntual como un jubilado, y había que ver lo nervioso que se ponía cuando no la encontraba preparada.

Después de algún tiempo, el pajarillo trajo a sus pequeños, porque había hecho un nido y habían nacido

cuatro, y estos también venían todas las mañanas a picotear golosamente la galleta de tía Ada y hacían mucho ruido si no la encontraban.

—Ahí están sus pajaritos —decían entonces las viejecitas a tía Ada con un poquito de envidia.

Y ella corría, por así decirlo, con breves pasitos hasta su cómoda y sacaba una galleta seca de entre el paquete de café y de caramelos de anís, mientras decía:

—Calma, calma, ya voy.

—¡Ah —murmuraban las otras viejecitas—, si basta con poner una galleta seca en la ventana para que regresaran nuestros hijos…! ¿Y los suyos, tía Ada, dónde están los suyos?

La anciana tía Ada ni siquiera lo sabía: Quizás en Austria, quizás en Australia; pero ella parecía imperturbable, desmenuzaba la galleta para los pajaritos y les decía:

—Coman, vamos coman, de lo contrario no tendrán fuerza para volar.

Y cuando habían terminado de picotear la galleta:

—¡Vamos, márchense! ¿Qué esperan? Las alas están hechas para volar.

Las viejecitas meneaban la cabeza y pensaban que tía Ada estaba quizá un poco chiflada, porque además de ser vieja y pobre, encima hacía regalos y no pretendía siquiera que le diesen las gracias.

Luego la anciana tía Ada murió, y sus hijos no se enteraron hasta cierto tiempo después, cuando ya no valía la pena hacer un viaje para asistir a los funerales. Pero los pajaritos volvieron a la ventana durante todo el invierno, y protestaban porque la anciana tía Ada no les había preparado la galleta.

REFRANES ANTIGUOS

—De noche —decía un Refrán Antiguo—, todos los gatos son pardos.

—Y yo soy negro —dijo un gato negro, cruzando la calle.

—Imposible: los Refranes Antiguos siempre tienen razón.

De la sorpresa y el disgusto, el Refrán Antiguo se cayó del techo y se rompió una pierna.

Otro Refrán Antiguo fue a ver un partido de fútbol, se acercó a un jugador y le dijo al oído:

—Mejor solo que mal acompañado.

El futbolista intentó jugar solo, pero era algo terriblemente aburrido y no podía ganar nunca, por lo que regresó al equipo. El Refrán Antiguo de la decepción, cayó enfermo y tuvieron que extirparle las amígdalas.

Una vez se encontraron tres Refranes Antiguos, y apenas habían abierto la boca cuando empezaron a discutir.

—El que da primero da dos veces —dijo el primero.

—En absoluto —exclamó el segundo—, en el medio está la virtud.

—Craso error —exclamó el tercero—, hasta el fin nadie es dichoso. Se agarraron del pelo y todavía siguen zurrándose.

Luego tenemos las historias de aquel Refrán Antiguo que tenía ganas de comerse una pera y se puso bajo el árbol, mientras pensaba: «La fruta madura cae por su propio peso».

Pero la pera no cayó hasta que no estuvo podrida del todo, y se aplastó contra la cabeza del Refrán Antiguo, que, muy disgustado, presentó la dimisión.

EL RATÓN QUE COMÍA GATOS

Un viejo ratón de bibliotecas fue a visitar a sus primos, que vivían en un solar y sabía muy poco del mundo.

—Ustedes saben poco del mundo —les decía a sus tímidos parientes—, y probablemente ni siquiera saben leer.

—¡Oh, cuántas cosas sabes! —suspiraban aquéllos.

—Por ejemplo, ¿se han comido alguna vez un gato?

—¡Oh, cuántas cosas sabes! Aquí son los gatos los que se comen a los ratones.

—Porque son unos ignorantes. Yo he comido más de uno y les aseguro que no dijeron ni siquiera «¡Ay!»

—¿Y a qué sabían?

—A papel y a tinta en mi opinión. Pero eso no es nada. ¿Se han comido alguna vez un perro?

—¡Por favor!

—Yo me comí uno ayer precisamente. Un perro lobo. Tenía unos colmillos… Pues bien, se dejó comer muy quietecito y ni siquiera dijo «¡Ay!»

—¿Y a qué sabía?

—A papel, a papel. Y un rinoceronte, ¿Se lo han comido alguna vez?

—¡Oh, cuántas cosas sabes! Pero nosotros ni siquiera hemos visto nunca un rinoceronte. ¿Se parece al queso parmesano, o al gorgonzola?

—Se parece a un rinoceronte, naturalmente. Y ¿han comido un elefante, un fraile, una princesa, un árbol de Navidad?

En aquel momento el gato, que había estado escuchando detrás de un baúl, saltó afuera con un maullido amenazador. Era un gato de verdad, de carne y hueso, con bigotes y garras. Los ratoncitos corrieron a refugiarse, excepto el ratón de biblioteca, que, sorprendentemente, se quedó inmóvil sobre sus patas como una estatuilla. El gato lo garró y empezó a jugar con él.

—¿No serás tú quizás el ratón que se come a los gatos?

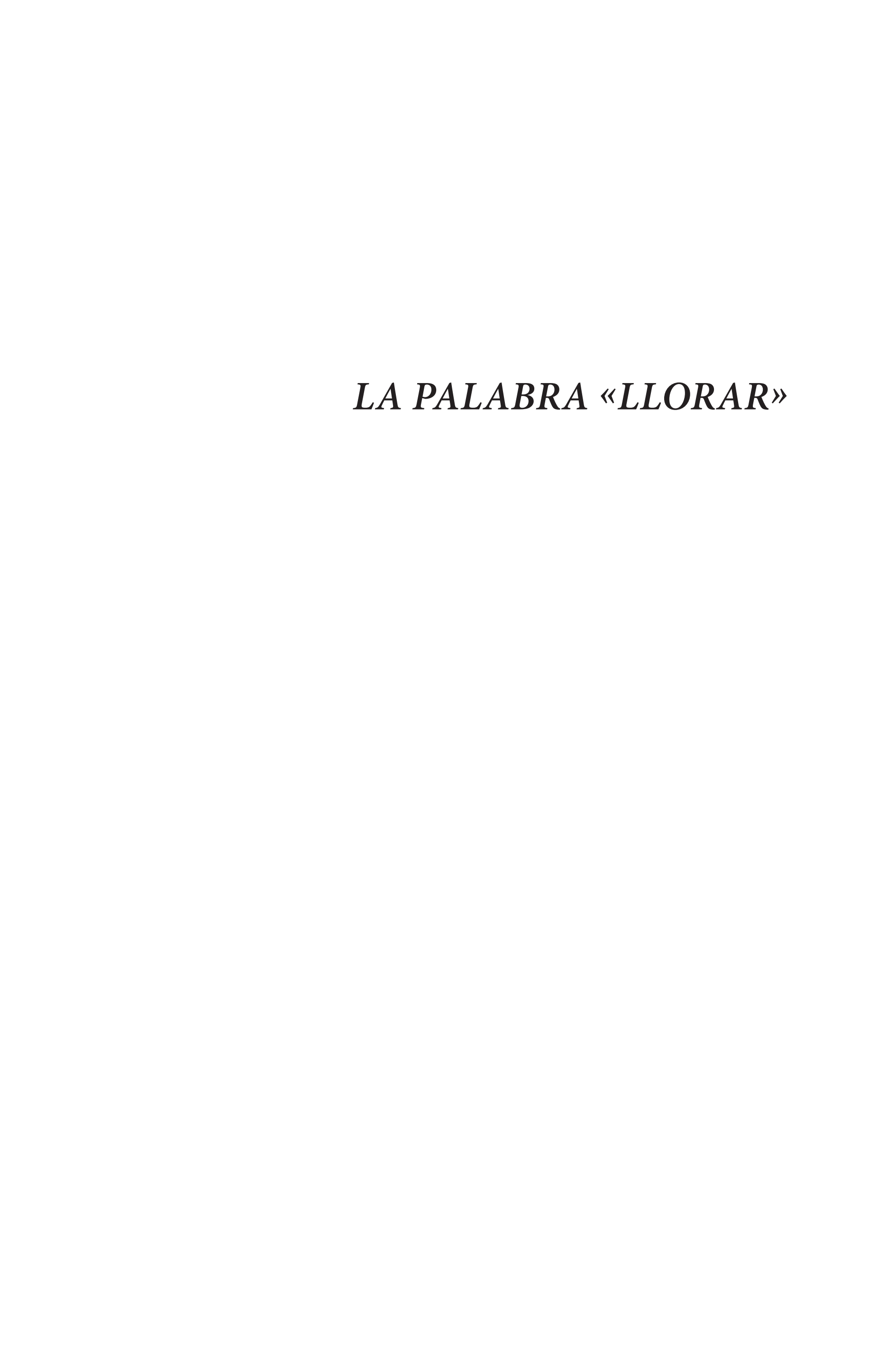
—Sí, excelencia… Entiéndalo usted… Al estar siempre en una biblioteca…

—Entiendo, entiendo. Te los comes en figura, impresos en los libros.

—Algunas veces, pero solo por razón de estudio.

—Claro. También a mí me gusta la literatura. Pero, ¿no te parece que deberías haber estudiado también un poquito de la realidad? Habrías aprendido que no todos los gatos están hechos de papel, y que no todos los rinocerontes se dejan roer por los ratones.

Afortunadamente para el pobre misionero, el gato tuvo un momento de distracción porque había visto pasar una araña por el suelo. El ratón de biblioteca regresó en dos saltos con sus libros, y el gato se tuvo que conformar con comerse la araña.



LA PALABRA «LLORAR»

Esta historia todavía no ha sucedido, pero seguramente sucederá mañana. Dice así. Mañana, una buena anciana maestra condujo a sus discípulos, en fila de dos, a visitar el museo del Tiempo Que Fue, donde se hallan recogidas las cosas de antes que ya no sirven, como la corona del rey, la cola del traje de la reina, el tranvía de Monza, etc.

En una pequeña vitrina, un poco polvorienta, había la palabra «Llorar». Los alumnos de Mañana leyeron el cartelito, pero no lo entendieron.

—Señora, ¿qué significa?

—¿Es una joya antigua?

—¿Pertenecía quizás a los etruscos?

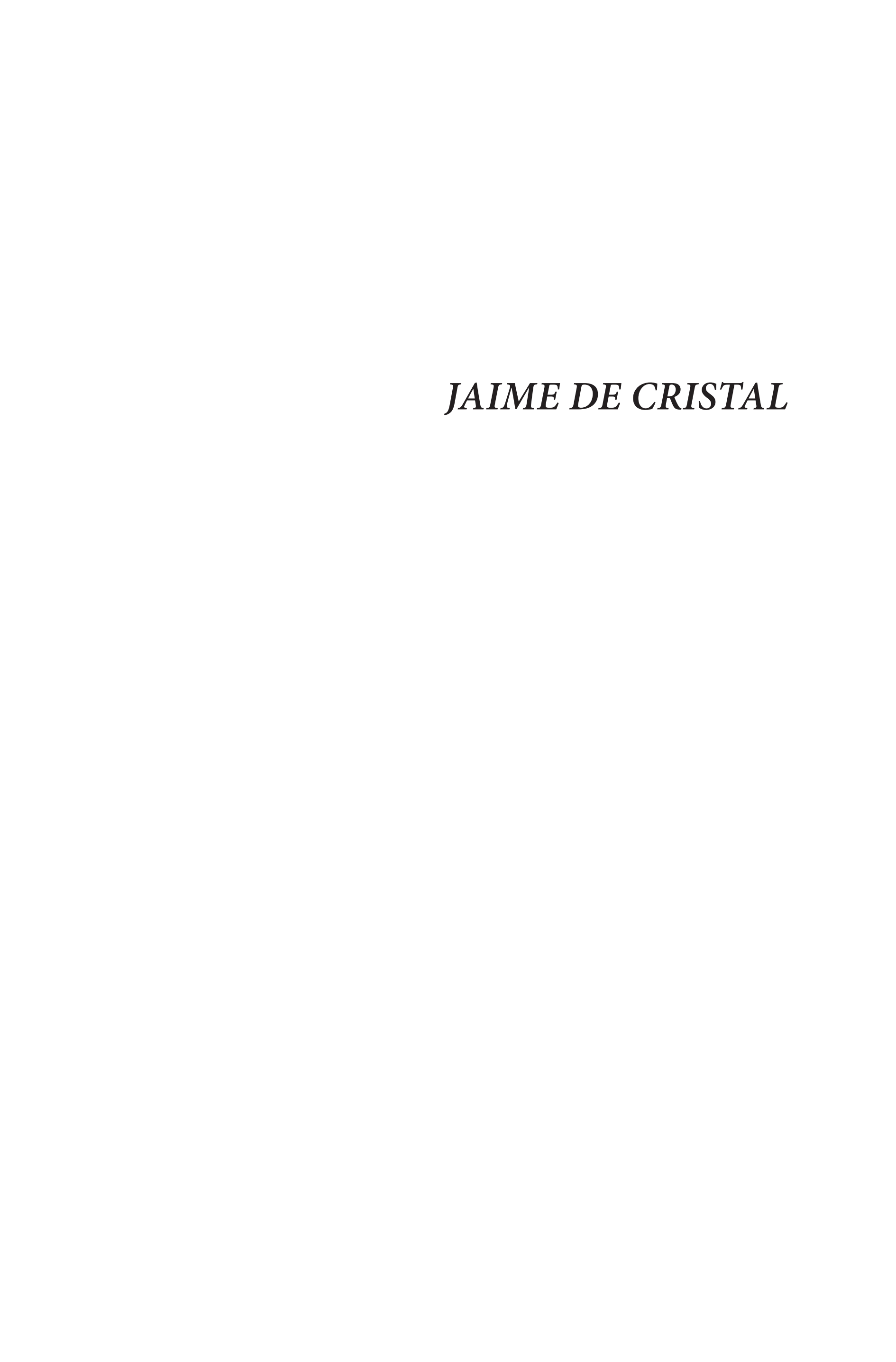
La maestra les explicó que antiguamente aquella palabra era muy empleada, y hacía daño. Les mostró un frasquito en el que guardaban unas lágrimas: quién sabe, quizás las derramó un esclavo al ser golpeado por su amo, quizás un niño que no tenía hogar.

—Parece agua —dijo uno de los discípulos.

—Pero picaba y quemaba —dijo la maestra.

—¿La hacían hervir acaso antes de utilizarla?

En realidad, los colegiales no lo entendían, es más, ya empezaban a aburrirse. Entonces la buena maestra les acompañó a visitar otras secciones del Museo donde había cosas más fáciles de entender, como: las rejas de una prisión, un perro guardián, el tranvía de Monza, etc., cosas todas ellas que ya no existían en el feliz país de Mañana.



JAIME DE CRISTAL

En una lejana ciudad nació en cierta ocasión un niño que era transparente. Se podía ver a través de sus miembros como se ve a través del aire y del agua. Era de carne y hueso y parecía de vidrio, y si se caía no se rompía en mil pedazos, sino que, como máximo, se hacía un chichón en la frente.

Se veía latir su corazón y se veían sus pensamientos, inquietos como los peces de colores en su pecera.

Una vez el niño dijo una mentira, por equivocación, y la gente vio inmediatamente algo como una bolita de fuego a través de su frente; dijo la verdad, y la bolita de fuego desapareció. Durante el resto de su vida no volvió a decir más mentiras.

En otra ocasión, un amigo le confió un secreto y todos vieron inmediatamente algo como una bolita negra que giraba ininterrumpidamente dentro de su pecho, y el secreto dejó de serlo.

El niño creció, se hizo un muchachote, luego hombre, y todos podían leer sus pensamientos, y cuando se le hacía una pregunta adivinaban su respuesta antes de que abriera la boca.

Se llamaba Jaime, pero la gente le llamaba Jaime de Cristal, y lo apreciaban por su lealtad, y a su lado todos se volvían amables.

Desgraciadamente, un día subió al gobierno de aquel país un feroz dictador y comenzó entonces un período de opresiones, de injusticias y de miseria para el pueblo. El que osaba protestar desaparecía sin dejar huella. El que se rebelaba era fusilado. Los pobres eran perseguidos, humillados y ofendidos de cien maneras. La gente callaba y aguantaba, temerosa de las consecuencias.

Pero Jaime no podía callar. Aunque no abriese la boca, sus pensamientos hablaban por él: era transparente y todos leían en su frente sus pensamientos de desdén y de condena a las injusticias y violencias del tirano. Luego, a escondidas, la gente comentaba los pensamientos de Jaime y así renacía en ellos la esperanza.

El tirano hizo detener a Jaime de Cristal y ordenó que lo encerraran en la más oscura de las prisiones.

Pero entonces sucedió algo extraordinario. Las paredes de la celda en que había sido encerrado Jaime se volvieron transparentes, y luego también las paredes del

edificio, y finalmente también los muros exteriores de la prisión. La gente que pasaba cerca de la cárcel veía a Jaime sentado en su taburete, como si la prisión fuese también de cristal, y continuaban leyendo sus pensamientos. Por la noche la prisión esparcía a su alrededor una gran luminosidad y el tirano hacía cerrar todas las cortinas de su palacio para no verla, pero ni así conseguía dormir. Incluso estando encarcelado, Jaime de Cristal era más poderoso que él, porque la verdad es más poderosa que cualquier otra cosa, más luminosa que el día, más terrible que un huracán.

ASCENSOR PARA LAS ESTRELLAS

Cuando Romulito tenía dieciocho años entró a trabajar como mozo en la pizzería «Italia». Le encargaban los servicios a domicilio. Durante todo el día corría arriba y abajo por las calles y escaleras, llevando en equilibrio bandejas cargadas de deliciosas pizzas, bebidas, papas fritas y otros comestibles.

—Una mañana telefoneó a la pizzería el inquilino 14 del número 103: quería una pizza napolitana y una bebida grande, pero inmediatamente, o lo echo por la ventana —añadió con voz ronca el marqués Venancio, el terror de los mozos a domicilio.

El ascensor del número 103 era de aquellos prohibidísimos, pero Romulito sabía cómo burlar la vigilancia de la portera, que dormitaba en su mostrador: logró meterse en el ascensor, cerró la puerta, pulsó el botón del quinto piso y el ascensor partió crujiendo. Primer piso, segundo, tercero. Después del cuarto piso, en lugar de aminorar su marcha, el ascensor la aceleró y cruzó el rellano del piso del marqués Venancio sin detenerse, y antes de que Romulito tuviera siquiera tiempo de asombrarse.

Toda Roma yacía a sus pies y el ascensor subía a la velocidad de un cohete hacia un cielo tan azul que parecía negro.

Con la mano izquierda continuaba sosteniendo en equilibrio la bandeja con la consumición, lo cual era más bien absurdo considerando que alrededor del ascensor se extendía ya a los cuatro vientos el espacio interplanetario, mientras la Tierra, allá abajo, al fondo del abismo celeste, rodaba sobre sí misma arrastrando en su carrera al marqués Venancio, que estaba esperando la pizza napolitana y su bebida grande.

—¡Córcholis! —exclamó—. Estamos aterrizando en la Luna. ¿Qué estoy haciendo yo aquí?

Los famosos cráteres lunares se acercaban rápidamente. Romulito corrió a apretar alguno de los botones de la caja de mandos con la mano libre, pero se detuvo:

—¡Alto! —Se dijo antes de pulsar un botón cualquiera—, reflexionemos un momentito.

Examinó la hilera de botones. El último de abajo llevaba escrita en rojo la letra «P», que significa «Planta baja», o sea la Tierra.

—¡Probemos! Suspiró Romulito.

Pulsó el botón de la planta baja y el ascensor invirtió inmediatamente su ruta. Pocos minutos después volvía a atravesar el cielo de Roma, el techo del número 103, el hueco de las escaleras, y aterrizaba junto a la conocida portería, donde la portera, ignorando aquel drama interplanetario, seguía dormitando.

Romulito salió precipitadamente, sin detenerse siquiera para cerrar la puerta. Subió las escaleras a pie. Llamó al número 14 y escuchó cabizbajo y sin respirar las protestas del marqués Venancio:

—Pero bueno, ¿dónde te has metido en todo este tiempo? ¿Sabes que desde que he ordenado esa maldita pizza napolitana y bebida grande han transcurrido catorce minutos? Si Gagarin hubiera estado en tu lugar, habría tenido tiempo de ir a la Luna.

EL AUTOBÚS NÚMERO 75

Una mañana, el autobús número 75, que va desde Monteverde Vecchio hasta Piazza Fiume, en lugar de pasar por el Trastevere pasó por el Gianicolo, giró por Vía Aurelia Antica y unos minutos después corría por entre los prados de las afueras de Roma, como una liebre en vacaciones.

A aquella hora, los viajeros eran casi todos empleados de oficina y leían el periódico, incluso los que no lo habían comprado, porque lo leían a espaldas de su vecino. Un señor, al volver la página, levantó la vista un momento, miró a la calle y se puso a gritar:

—Cobrador, pero ¿Qué pasa? ¡Traición, traición!

Los otros viajeros también alzaron la vista del periódico y las protestas se convirtieron en un ruidoso coro:

—¡Por aquí se va a Civitavechia!

—¿Pero, qué hace el conductor?

—Ha enloquecido, ¡átalo!

—¡Vaya un servicio público!

—Son las nueve menos diez y a las nueve en punto tengo que estar en el Palacio de Justicia —gritó un abogado—. Si pierdo el proceso, demando a la compañía.

El cobrador y el chófer intentaban calmar a los pasajeros diciendo que ellos no sabían nada, que el autobús no obedecía a los mandos y hacía lo que le parecía. En aquel momento el autobús salió del camino y fue a detenerse a la entrada de un bosquecillo fresco y perfumado.

—¡Oh, pamporcinos! —exclamó alegremente una señora.

—Ahora no es el momento de pensar en pamporcinos —protestó el abogado.

—No importa —declaró la señora—, llegaré tarde al ministerio y me echarán una bronca, pero me da igual, y ya que estoy aquí quiero disfrutar cogiendo pamporcinos. Por lo menos hará diez años que no lo hacía.

Bajó del autobús, aspirando con la boca abierta el aire de aquella extraña mañana, y se puso a coger un ramito de pamporcinos.

En vista de que el autobús no quería saber nada del regreso, los viajeros fueron bajando uno tras otro para estirar las piernas o para fumarse un cigarrillo, y mientras, su malhumor desaparecía como la niebla al sol. Uno cogía una margarita y se la ponía en el ojal, otro descubría una fresa todavía sin madurar y gritaba.

—La he encontrado yo. Voy a dejar aquí mi tarjeta, y cuando la fresa esté madura vendré a recogerla, y será mejor que la encuentre.

En efecto, sacó una tarjeta de la cartera, la atravesó con un palillo y clavó el palillo junto a la fresa. La tarjeta decía: «Doctor Julio Granitos».

Dos empleados del Ministerio de Instrucción hicieron una pelota con sus periódicos, y empezaron a jugar un partido de fútbol. Y cada vez que le daban una patada a la pelota gritaban:

—¡Al diablo!

En suma, no parecían los mismos oficinistas que un momento antes querían linchar a los empleados de la compañía de autobuses. Estos, por su parte, se habían repartido una tortilla y hacían un picnic en el prado.

—¡Atención! —gritó luego de improviso el abogado.

El autobús, dando una sacudida se estaba marchando solito, a poca velocidad. Apenas tuvieron el tiempo justo para subirse, siendo la última la señora de los pamporcinos, que protestaba:

—¡Eh, eso no vale! Apenas había empezado a divertirme.

—¿Qué hora es? —preguntó alguien.

—¡Huf, qué tarde debe ser!

Y todos se miraron la muñeca. Sorpresa: los relojes señalaban todavía las nueve menos diez. Al parecer, durante el rato que duró la excursión, las manecillas no habían corrido. Había sido un tiempo de propina, un pequeño extra, como cuando se compra un paquete de jabón en polvo y dentro hay un juguete.

—¡Pero esto no puede ser! —decía asombrada la señora de los pamporcinos, mientras el autobús marchaba ya por su ruta habitual y corría por la calle Dandolo.

Todos quedaron asombrados. Pero en la parte superior del periódico, que de nuevo tenían ante sus ojos, estaba escrita con toda claridad la fecha de aquel día: 21 de marzo. Y todo es posible en el primer día de primavera.

EL CARAMELO INSTRUCTIVO

En el planeta Bih no hay libros. La ciencia se vende y se consume en botellas.

La historia es un líquido colorado como una granada; la geografía, un líquido color verde menta; la gramática es incolora y sabe a agua mineral. No hay escuelas; se estudia en casa. Los niños, según la edad, han de tomarse cada mañana un vaso de historia, algunas cucharadas de aritmética, etcétera.

—¿Vas a creerlo? Son caprichosos igualmente.

—Vamos, sé bueno —dice mamá—; no sabes lo rica que está la zoología. Es dulce, dulcísima. Pregúntaselo a Carolina, que es el robot electrónico de servicio.

Carolina se ofrece generosamente para probar antes el contenido de la botella. Se echa un poquitín en el vaso, se lo toma y lo paladea:

—¡Huy!, ya lo creo que está rica —exclama.

E inmediatamente comienza a recitar la lección de zoología:

—«La vaca es un cuadrúpedo rumiante que se alimenta de hierba y nos proporciona el chocolate con leche».

—¿Has visto? —pregunta mamá, triunfante.

El pequeño colegial se queja. Todavía sospecha que no se trate de zoología, sino de aceite de hígado de bacalao. Luego se resigna, cierra los ojos y engulle su lección de un solo trago. Aplausos.

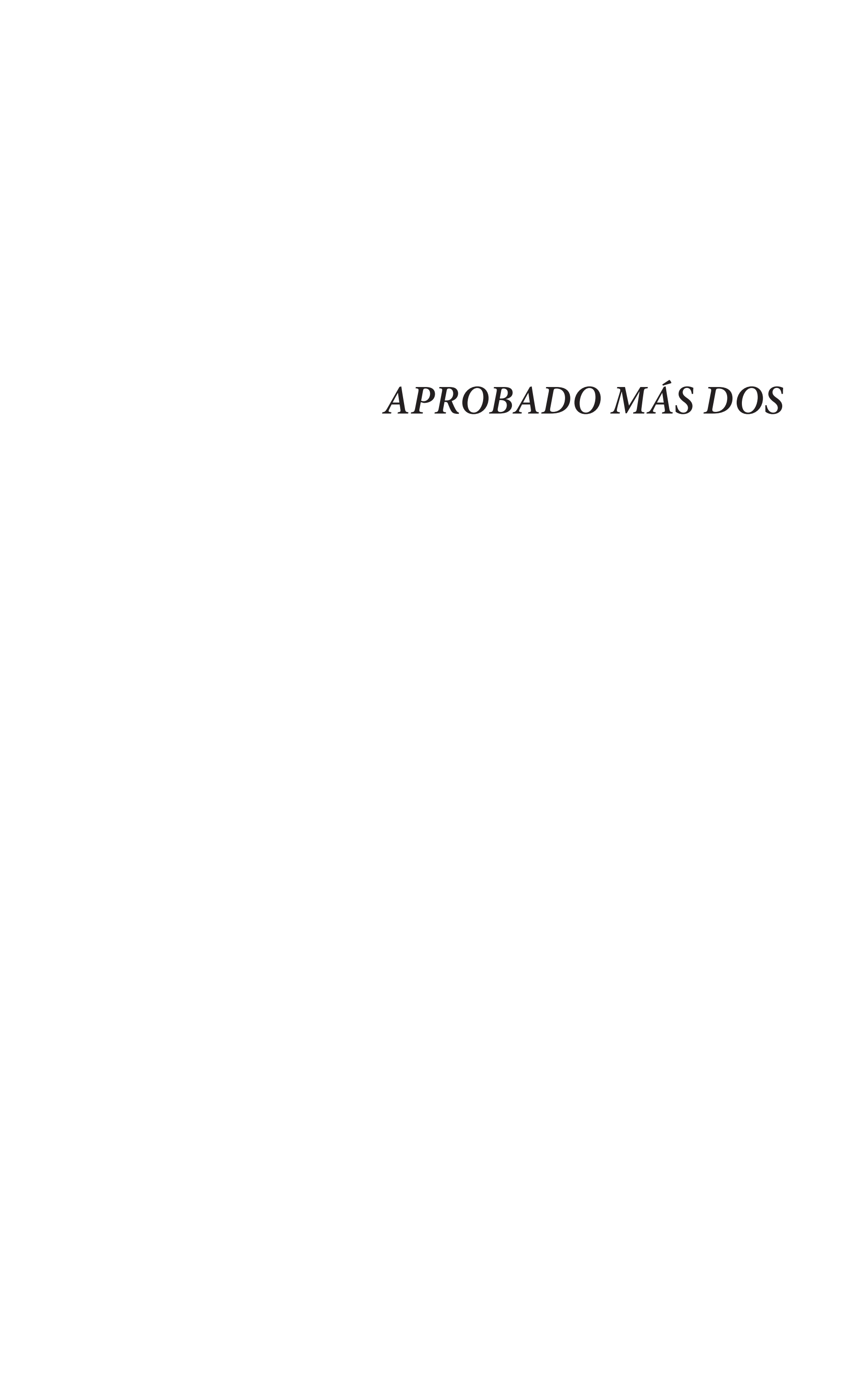
Naturalmente también hay, como es lógico, algunos colegiales diligentes y estudiosos: es más, golosos. Se levantan por la noche para tomarse a escondidas la historia-granada y se beben hasta la última gota del vaso. Se vuelven muy sabios.

Para los niños de los parvularios hay caramelos instructivos: tienen sabor de fresa, de piña, de cereza, y contienen algunas poesías fáciles de recordar, los nombres de los días de la semana y la numeración hasta diez.

Un amigo mío cosmonauta me ha traído uno de estos caramelos como recuerdo. Se lo he dado a mi pequeña

e inmediatamente ha empezado a recitar una poesía cómica en el idioma del planeta Bih, que decía más o menos:

Anta anta pero pero penta pinta pim peró, y yo no me he enterado de nada.



APROBADO MÁS DOS

—Socorro, socorro —grita huyendo un pobre Diez.

—¿Qué hay? ¿Qué te pasa?

—¿Pero es que no lo ven? Me persigue una Resta. Si me alcanza, estoy perdido.

—Anda, perdido…

Dicho y hecho: la Resta ha atrapado al Diez y le salta encima repartiendo estocadas con su afiladísima espada. El pobre Diez pierde un dedo, y luego otro. Afortunadamente para él pasa un coche extranjero así de largo; la Resta se vuelve un momento para ver si conviene acortarlo y el buen Diez puede tomar las de Villadiego, desapareciendo por un portal. Pero ahora ya no es un Diez: solo es un Ocho y además le sangra la nariz.

—Pobrecito, ¿qué te han hecho? Te has peleado con tus compañeros, ¿verdad?

«Mi madre, ¡sálvese quien pueda!», se dice el Ocho.

La vocecilla es dulce y compasiva, pero se trata de la División en persona. El desafortunado Ocho balbucea

«Buenas tardes» con voz débil e intenta volver a la calle, pero la División es más ágil y de un solo tijeretazo, ¡zas!, le corta en dos trozos: Cuatro y Cuatro. Uno se lo mete en el bolsillo, pero el otro aprovecha la ocasión para escapar, regresa corriendo a la calle y sube a un tranvía.

—Hace un momento era un Diez —llora— y ahora, miradme. ¡Un Cuatro!

Los estudiantes se alejan precipitadamente; no quieren saber nada con él. El tranviario murmura:

—Ciertas personas deberían tener por lo menos el buen sentido de ir a pie.

—¡Pero no es culpa mía! —grita entre sollozos el ex Diez.

—Sí, claro, la culpa es del gato. Todos dicen lo mismo.

El Cuatro baja en la primera parada, colorado como un sillón colorado. ¡Ay! Ha hecho otra de las suyas: ha pisado a alguien.

—¡Disculpe, disculpe señora!

Pero la señora no se ha enfadado; es más, sonríe. Vaya, vaya, ¡si es ni más ni menos que la Multiplicación! Tiene un corazón así de grande y no soporta ver infelices a los demás: se sienta y multiplica al cuatro por tres, y he aquí un magnífico Doce, listo para contar una docena de huevos completa.

—¡Viva! —grita el Doce—, ¡estoy aprobado! Aprobado más dos.

“Y los llevó hasta Barletta, hasta la puerta de su casa. Al descender del carro advirtieron que este era de bizcocho. Y entonces, sin esperar a que se lo dijeran, empezaron a comérselo y no dejaron ni las ruedas ni los barrotes.
En Barletta nunca hubo tres hermanitos con tanta suerte... y quién sabe cuándo los volverá a haber...

Colección
Lima Lee

